



Plantas genéticamente modificadas

La ingeniería genética y la confianza de los consumidores



Miguel Merino
De www.iaaf.com

Las plantas genéticamente modificadas son cosa de todos los días en los Estados Unidos de América. En Europa, por lo contrario, estamos todavía debatiendo los méritos e inconvenientes de la utilización de estas variedades en nuestros campos y viveros.

En Norteamérica hay aproximadamente dos docenas de variedades genéticamente modificadas cuyas semillas están siendo comercializadas actualmente, incluyendo especies tales como el maíz, la soja, la colza, las patatas y el algodón. Muchas más serán aprobadas en breve plazo. La Asociación Norteamericana de Productores de Soja estima que este año el 30% de las hectáreas de este cultivo, 25% de las de del maíz y 40% de las de algodón en ese país serán plantadas con variedades genéticamente modificadas. En 1997 fueron sembradas 12 millones de hectáreas con estas semillas en todo el Mundo, multiplicándose esa superficie por cuatro en relación a lo cultivado en 1996.

Lo que diferencia a una planta genéticamente manipulada de otra originada mediante procedimientos fitotécnicos ortodoxos es que esta última ha sido obtenida mediante reorganización de una base genética proveniente de otras plantas de la misma especie o por lo menos mediante cruzamientos con especies estrechamente emparentadas. A la planta obtenida mediante ingeniería genética, por lo contrario, se le han añadido genes obtenidos de organismos no relacionados con el receptor. A partir de este punto, los procedimientos de selección no difieren mayormente de los ortodoxos.

Entre otras maravillas, los productos provenientes de estas plantas tardan más en estropearse o madurar, pueden transportarse a mayor distancia o exhibirse por más tiempo en las góndolas de los supermercados. O se puede inducir en las plantas la habilidad de extraer nitrógeno directamente de la atmósfera, disminuyendo sensiblemente las aplicaciones de fertilizante. Otras desarrollan mayor resistencia frente a hongos u otros patógenos. Una característica de algunas plantas modificadas genéticamente que pone particularmente nerviosos a los ecologistas es su gran resistencia inducida a ciertos herbicidas, lo que permite aplicar estos últimos en mayores dosis, para machacar así cómodamente

a las malas hierbas, sin afectar al cultivo.

La aparición de estas variedades ha sido recibida favorablemente por la mayoría de los agricultores y también por las compañías suministradoras de semillas, pero con gran desconfianza por el público consumidor europeo. Una encuesta publicada recientemente en el periódico inglés The Guardian muestra que sólo un 14% de los consumidores favorables a la introducción irrestricta de estos productos, y 96% exigiendo que los mismos sean adecuadamente identificados mediante etiquetas. Los políticos europeos han sintonizado rápidamente esta atmósfera de desconfianza, y algunos cínicos piensan que inclusive la están alentando a los efectos de poder obstaculizar importaciones provenientes de Norteamérica y otros países exportadores de grano y soja.

Por supuesto es correcto el ser sumamente cauto con respecto al tipo de alimentos que traemos a la mesa, pero la desconfianza de los europeos con respecto a este tipo de adelanto tecnológico es causada a menudo por un conocimiento insuficiente de las circunstancias que rodean a las prácticas de la ingeniería genética. Los defensores de esta técnica argumentan que, en realidad, hemos estado manipulando el genoma de nuestras plantas y animales domésticos desde nuestra prehistoria; ¿por qué preocuparnos ahora, entonces?

Hasta cierto punto, este argumento es correcto, pero no responde al aspecto central que puede afectar tanto a la industria de insumos como a los agricultores: aquí se trata de ganar la confianza del público. La forma diletante con que las autoridades inglesas primero y la Unión Europea después manejaron la crisis de las vacas en su momento, no ha contribuido a fortalecer la confianza de los consumidores en la comunidad científica ni en las autoridades agrarias y sanitarias. Esta desconfianza se refleja también en las actitudes del público hacia la ingeniería genética.

La lección a extraer es entonces la siguiente: por más conveniente que sea la aplicación de una técnica y aunque los científicos estén relativamente seguros de su inocuidad, no se puede de ninguna manera ignorar los reparos de los consumidores, so pena de no poder captar jamás los prometidos beneficios técnicos debido a las dudas y reservas del mercado.

● *En Norteamérica hay aproximadamente dos docenas de variedades genéticamente modificadas cuyas semillas están siendo comercializadas actualmente* ●